

yo emprendí hacerlo con tres fines: primero, satisfacer los deseos de mis amigos: segundo, que sirva de instruccion á mis conciudadanos, y más particularmente á los alumnos de la Escuela de Medicina de Monterey: y tercero, proponer á todos mis comprofesores, y con más especialidad á los catedráticos de la dicha Escuela, que tome cada uno un punto de higiene pública, y lo trate y aplique á la ciudad de Monterey, para que reunidos todos estos trabajos, tengamos un tratado que satisfaga las necesidades de nuestra tierra. Los preceptos higiénicos no son verdaderamente útiles, sino cuando se vulgarizan, así es, que conviene escribir esta clase de obras en un estilo familiar muy claro.

El punto que yo tomé para escribir, lo dividí en tres partes: primera, Historia de las sepulturas: segunda, Higiene de las sepulturas: y tercera, Aplicacion de la higiene de las sepulturas á la ciudad de Monterey; porque este orden me pareció el más natural y conveniente, y lo propongo á mis comprofesores para que si les parece bien, lo sigan. El que no quiera escribir la parte histórica, puede dispensársela con tal que escriba las otras dos.

Las Autoridades á quienes encomiendan la ereccion y el cuidado de los cementerios, podrán tomar de este opúsculo lo que mas les convenga, para hacer, en materia de sepulturas, lo que mejor les pareciere.

UN PUNTO DE HIGIENE PÚBLICA.

SEPULTURAS.

PRIMERA PARTE.

HISTORIA.

El horror que causan los cadáveres que están en putrefaccion, y el intolerable hedor que despiden, son los medios de que la naturaleza se vale para advertir al hombre que debe huir de las emanaciones pútridas que tienden á destruir su salud. Por otra parte, el entrañable amor que el hombre tiene á sus más próximos parientes, el cual se irrita y se exaspera con la muerte de las personas queridas, y el deseo de honrar la memoria de aquellos á quienes algo hay que agradecerles, hacen que el hombre quiera tener cerca de sí las reliquias de sus muertos. ¿Cómo hacer entre estas dos fuerzas contrarias que tienden la una á alejarnos y la otra á aproximarnos á los seres que nos fueron más queridos? Para salir de esta dificultad, lo primero que debió

ocurrir á los hombres primitivos, fué ocultar los cadáveres en la tierra, pues así se libraban de su terrible aspecto, y de su fetidez insoportable sin alejarlos mucho de sí, para tenerlos siempre á mano y tributarles el culto de sus recuerdos. Josefo dice en sus antigüedades Judáicas, que Caín despues de poner su mano homicida en su hermano, creyó que ocultaría su delito con cubrir de tierra el cuerpo del inocente que acababa de asesinar; cuyo funesto ejemplo acaso introduciría la costumbre de enterrar los cuerpos de los que falleciesen. Tal vez fué, costumbre de los hombres antidiluvianos enterrar sus muertos en las grutas naturales ó artificiales, pues los pocos esqueletos fósiles que se han encontrado, y que pueden referirse á esa época remotísima, han sido hallados escavando el suelo de las antiguas cuevas de los montes. A poco tiempo despues del diluvio vemos todavía en vigor este mismo uso, pues Abraham compró á los Heteos la cueva doble en que enterró el cadáver de Sara su mujer, y en la cual fué enterrado tambien él mismo y su hijo Isaac. Así es, que puede considerarse el entierro de los cadáveres como el uso más antiguo, más generalmente admitido, y más á propósito para honrar la memoria de los muertos.

Despues de la dispersión de Babilonia, los diversos pueblos que se formaron, adoptaron

diversos usos: se dice que algunas naciones de la India oriental, los Partos, los Bactrianos y los Rivereños del mar Caspio abandonaban los cadáveres en los montes, ó en lugares desiertos, para que fueran devorados por las fieras salvajes y por las aves carnívoras, creyendo que este era el mejor modo de honrar la memoria de los muertos. Se dice tambien que los Esedones, y los Masagetas, habitantes de las orillas del Ponto, hacían con la carne de sus deudos muertos un horrible banquete, no habiendo á su parecer medio mejor de manifestar el respeto y cariño que profesaban á sus pacientes que ser ellos mismos sus sepulcros. Los Escitas, los Sármatas y las naciones boreales hallaron en los hielos y nieves de sus montes un medio seguro de conservar indefinidamente, los cadáveres. Los habitantes de las islas pequeñas y de las riberas del mar, discurrieron arrojar los muertos á las aguas para que fueran pasto de los peces. Los que moraban en países donde abundaban los bosques, discurrieron reducir á cenizas los cadáveres: pero ni el fuego, ni las aguas, ni los peces, ni las aves, ni las fieras, ni los antropófagos, ni los hielos eternos de los polos pudieron bastar entónces, ni bastarían hoy tampoco, para consumir todos los cadáveres que produce la humanidad entera; la tierra, y solo la tierra, ha bastado y bastará siempre para esta obra inmensa de destruccion.

Los Persas, adoradores del fuego, creían que este se profanaba quemando los cadáveres, por lo que preferían enterrarlos, y para esto, tenían lugares destinados fuera de las poblaciones. Los Babilonios, los Asirios y otros pueblos del Oriente enterraban también sus muertos; pero ántes de ponerlos en el sepulcro los ungián con bálsamo hecho de cera, miel, resinas y aromas, envolviéndolos después en un sudario: así los privaban del contacto del aire, y retardaban la descomposición. Algunos Africanos, muchos de los Ictiófagos, los habitantes de Colcos y aun los antiguos Godos echaban sus muertos en las aguas para que fueran devorados por los animales acuáticos. Los Germanos, los Celtas y los Galos, que habitaban comarcas muy montuosas, quemaban la mayor parte de los cadáveres; pero tenían por más honroso el enterramiento, pues concedieron á sus sacerdotes el privilegio de enterrarse bajo columnas de diez codos de altura. Los Arabes enterraban sus muertos fuera de las poblaciones y también dentro de sus mismas casas: Mahoma fué á visitar el cementerio de los Musulmanes y anduvo de tumba en tumba orando por sus discípulos y sus guerreros allí enterados; y cuando él murió fué sepultado en el mismo cuarto en que había fallecido, que era la habitacion de Aiche, una de sus mujeres. Y los antiguos Rusos hacían sus entierros á las orillas del Boristenes. Aun

hoy van los curiosos á visitar estos sepulcros. Todos los hombres han procurado, pues, huir del mehitismo, y honrar la memoria de los muertos. Tan luego como les fué posible hicieron intervenir las ideas y las ceremonias religiosas en el enterramiento de los cadáveres, y en la conservacion de los sepulcros: á los Israelitas les prescribió Moises los ritos de los entierros, procurando separar por cuantos caminos pudo á los vivos de los muertos: si un Israelita tocaba el cadáver de un animal inmundo, quedaba inmundo hasta la tarde: si tocaba un hombre muerto ó un sepulcro, ó si entraba en la casa donde hubiera algun difunto, quedaba inmundo siete dias. Esta inmunidia legal tenía al inmundo separado de la comunión ó comercio de las gentes, y para limpiarse de ella era preciso que él se lavara y lavara sus vestiduras. Tenían los Hebreos sus sepulcros por lo comun fuera de las poblaciones, y pintados siempre de blanco para que los vieran y pudieran librarse de su contacto. Algunas veces solían los ricos hacer sus sepulcros en sus casas de campo, así el rico senador José de Arimatea, en la granja que estaba junto al Gólgota, hizo labrar el suyo en una roca, el cual sirvió para depositar en él el cuerpo de Jesucristo.

Los habitantes de Jerusalem se enterraban en el Valle de Josafat, que es el cauce del Torrente Cedron, y todavía hoy entierran allí

sus muertos los Turcos. Los Gerasenos, que habitaban al nordeste del mar de Tiberiades, tenían el lugar de sus entierros bien léjos de su ciudad: aquel furioso endemoniado, del que hablan los Evangelistas, después de hacer pedazos los grillos y las cadenas, con que en vano intentaban sujetarlos, huía desaforado al desierto, dando terribles alaridos, y allí habitaba en los sepulcros.

Las tumbas reales de la familia Herodes, distantes de Jerusalem, como una legua, constan de algunos cuartos excavados en una roca, y en las paredes de estos cuartos están embutidos los cadáveres en sus nichos. El Ilmo. Sr. Vereá, que vió estos sepulcros, me contaba que lo más admirable era que en aquellos cuartos las puertas y sus goznes eran de piedra, y parecía todo sacado de la misma roca.

En la descripción de Jerusalem que escribió Cristiano Adricomio Delfo, se lee lo siguiente: "Aceldama ó Haceldamach, que quiere decir campo de sangre, era un campo de un ollero, ó alfarero, que estaba á la parte austral, ó del mediodía del monte Sion. Tenia á sus espaldas junto á sí un monte de mediana altura, apartado un tiro de piedra de la piscina superior, ó de arriba, el cual por determinacion de los judíos fué comprado por los treinta reales que tomó Judas en precio de la venta de Cristo, y fué señalado para se-

pultura de los peregrinos. La Emperatriz Santa Elena cercó la mitad de este campo con cuatro muros de 72 piés de largo por 50 de ancho, y cerró de bóveda, dejando siete bocas por donde son enterrados los cristianos difuntos." En el dibujo que acompaña esta descripción, se vé bien que esta bóveda tiene la forma de un baúl, y en su parte superior están los agujeros por donde se echan los cadáveres.

El Ilmo. Sr. Vereá, me contó que cuando él estuvo en Jerusalem, fué á ver el Aceldama, y que existe todavía la bóveda que hizo Santa Elena tal como la describe Adricomio; y que aun suelen echar allí algunos cadáveres.

En muchas ciudades de la Europa hicieron bóvedas como la del Aceldama; pero las han abandonado por el mucho hedor que despiden. La de Jerusalem tiene la ventaja de estar muy léjos de la ciudad, y al otro lado del monte Sion.

Los Egipcios embalsamaban los cadáveres, destripándolos, salándolos, desecándolos y cubriéndolos de resina, de cera ó de miel, poniéndoles vendajes empapados en estas mismas materias, colocándolos en cajas de cedro, y poniéndolos en grutas ó en subterráneos apropósito. Este uso parece haber sido muy común en Egipto, pues se encuentran allí muchísimos millones de momias perfectamente conservadas, no solamente de hombres y mu-

jeros, sino tambien de animales, como perros, gatos cocodrilos, ibis y otros. El Arabe que acompañaba á Pariset, mostrándole desde lo alto de la mayor de las pirámides de Egipto la llanura que está al pié de este monumento, y se extiende hasta cincuenta leguas cuadradas de superficie, le dijo: "*Todo esto es momia.*" En efecto, en cualquier punto de este inmenso llano que se escave, se sacan cuerpos momificados. Este es el cementerio más grande que hay en el mundo, y probablemente el más antiguo. Las pirámides de Menfis fueron construidas para sepulcros de los Reyes. La creencia que tenían los Egipcios de que mientras se conservaran los cuerpos, los espíritus que los habían animado podían volvéseles á juntar; y que si el cuerpo se destruía, era ya imposible su resurreccion, hacia que tuvieran tanto esmero en la conservacion de sus muertos.

Los Etiopes, segun Heródoto, embalsamaban sus muertos, los secaban bien, los cubrian de yeso, sobre esta cubierta de yeso reproducian las principales facciones de los difuntos, y los encerraban en columnas huecas de cristal. El traductor frances de Heródoto Mr. Giguet, cree que este cristal era feld-spató, pero este ni es trasparente como el cristal, ni se encuentra en piezas grandes, y es durisimo, y creo que mas bien podria ser la selenita, ó yeso hialino; como el que hay en Galeana (ciu-

dad de Nuevo-Leon) que es perfectamente trasparente, se encuentra en inmensas estratas, y es blando y fácil de trabajar.

Los Griegos en los primeros tiempos enterraban los cadáveres, pero un poco ántes de la guerra de Troya, se introdujo entre ellos la costumbre de quemarlos. Homero dice, que en el ejército que sitiaba á Troya, cuando fué atacado de la peste.

*".....de muertos numerosas piras
Ardiendo siempre en la campiña estaban."*

Los Troyanos solian depositar sus muertos en sepúlcros de piedra: Hector indignado de la cobardía de su hermano Páris le decia.

*"Si fueran como yo todos los Teucros,
Ya te cubriera túnica de piedra."*

Los Griegos, como hemos dicho, tambien enterraban sus cadáveres: Pausáneas nos ha conservado una lista de las sepulturas más célebres de aquellos tiempos, dice que estaban al raso en los campos, ó en las riveras del mar, ó bien al pié ó en la cumbre de los montes. Sécrope, Rey de Atenas, mandó que los muertos se enterraran fuera de la ciudad. Solamente Licurgo mandó que los enterramientos se hicieran dentro de la ciudad, para que los jóvenes estando siempre en contacto con los muertos se hicieran más valientes.

Extraño es que los Griegos, habiendo reci-

bido su civilizacion de los Egipcios, no aprendieran á embalsamar los muertos, y que hubieran adoptado la cremacion, cosa probablemente venida de la India Oriental, donde siempre se ha usado. Calano, aquel gimnosofista que acompañaba á Alejandro cuando volvía de la India, segun refiere Plutarco, sintiendo una incomodidad de vientre, á los 86 años de su edad, quiso ofrecerse á sus Dioses en sacrificio, y para esto mandó que se le pusiera una pira, y llevado á ella á caballo, hizo plegarias á los Dioses y libaciones sobre sí mismo, ofreció las primicias de sus cabellos, se despidió de sus amigos, subió á la pira, se recostó, se cubrió la cara y permaneció sin hacer el menor movimiento, ni aun cuando le llegó el fuego, y allí murió y fué reducido á cenizas. Esto mismo hizo muchos años despues otro Indio de la comitiva de César en Atenas, y hasta el dia de hoy se manifiesta su sepulcro, que se llama el sepulcro del Indio.

Los Romanos en sus primeros tiempos siguieron la constumbre que tenían los Latinos, los Etruscos, los Rútulos y otros pueblos inmediatos al Lacio, que consistian en enterrar los cadáveres donde querian, ya fuera en los campos, ya en los montes, y ya dentro de las mismas ciudades; pero en el año de 303 de la fundacion de Roma, los Decenviros pusieron en el Código de las doce tablas una ley

que es la XXXI, por la cual se prohibió enterrar ó quemar los muertos dentro de la ciudad: "*Hominem mortuum in urbe necepelito, neve urito.*" Los términos mismos de esta ley ponen de manifiesto que por este tiempo en Roma se usaba indistintamente el entierro y la cremacion de los muertos. No se enterraron ya más cadáveres en Roma; pero los ciudadanos, y sobre todo los Patricios, ponian sus sepulcros ó las urnas que contenian las cenizas mortuorias en sus casas de campo, en sus huertas ó en sus labores; y como el derecho romano declaraba sagrados los sepulcros y sus inmediaciones, al cabo de un siglo era ya tan grande el número de estos monumentos, que se creyó ser un perjuicio para la agricultura; porque los terrenos sagrados estaban fuera del comercio de las gentes. Por eso el Cónsul Cesio Duilio en el año 419 de Roma, mandó que no se enterraran más, ni se colocaran urnas cinerarias en las heredades: y que todos los restos de los muertos se pusieran en las orillas de los caminos, que allí siguieran enterrándose despues y colocándose las urnas y las lapidas. Este uso seguido en la ciudad eterna por muchos siglos ha hecho que hasta hoy se conserve la constumbre de hablar con los caminantes en los epitafios ó inscripciones sepulcrales.

En Roma, lo mismo que en todo el mundo, solamente los que tenían posibilidad de cos-

tear los gastos de la combustion y de los sepulcros con lápidas y epitafios, lograban estas distinciones, pues siempre en todas partes, los pobres eran arrojados en fosas comunes, y lo mismo probablemente sucederá siempre, porque siempre ha de costar ménos hacer un pozo en la tierra para enterrar un cadáver, que acarrear la leña necesaria para quemarlo. En Roma habia un campo bastante extenso, cerca de la puerta Esquilina, donde en anchos pozos arrojaban los cadáveres de los pobres. Este campo, despues de algunos siglos, cuando ya la ciudad se extendió por aquel punto, Augusto, para purificar aquellos lugares, lo dió á Mecenas, el cual hizo allí magníficos jardines.

Los Fenicios y sus descendientes los Cartagineses, lo mismo que los Romanos, ya quemaban los cadáveres ó ya los enterraban en las inmediaciones de las ciudades: los Romanos encontraron cerca de Cartago muchos sepulcros, y la reina Dido se arrojó en una hoguera traspasándose con una espada, y así murió y fué reducida á cenizas.

Los cristianos cuya primitiva sociedad se formó de Judios, de Griegos, de Latinos, y de moradores de la Siria, adoptaron las costumbres de los países en que moraban. En Roma, muy al principio, quemaban sus cadáveres ó los enterraban; pero bien pronto prefirieron el entierro para conservar las reliquias

de sus mártires. Ocultaban los cadáveres de éstos para enterrarlos ya en las catacumbas, ya en las orillas de los caminos: se han sacado y se sacan diariamente de las catacumbas muchos huesos de santos mártires; y en el martirologio romano consta á cada paso, que tales ó cuales santos mártires fueron enterrados unos en la via Appia, otros en la via Aurelia, y otros en otras diferentes vias.

Los cristianos, para mejor distinguirse de los paganos, eligieron para sepultar á sus muertos, ciertos lugares á la inmediacion de los caminos, á los cuales llamaron cementerios, derivando esta palabra del verbo griego *Keimai* que significa yacer, y tambien descansar.

En los primeros siglos del cristianismo comenzó á introducirse la mala costumbre de enterrar los cadáveres dentro de la ciudad, por lo que, Teodosio expidió la célebre ley que dice: *“Todos los cadáveres que están colocados en la tierra dentro de urnas ó sarcófagos, se sacarán y pondrán fuera de la ciudad, para que sirvan como de una imagen de nuestra mortalidad, y se conserve al domicilio de los habitantes la santidad que le es debida. Cualquiera que menospreciare esta ley, ó fuere osado á maquinare alguna cosa contra lo en ella dispuesto, será en lo sucesivo multado en la tercera parte de su patrimonio. El prefecto de la ciudad que lo consintiere incurri-*

rá en la pena de cincuenta libras de oro. Y para que ninguno por su dolosa y sutil astucia se exima de lo determinado en esta ley, pensando que se permite enterrar los cuerpos en las Basílicas de los Apóstoles ó de los Mártires, tendrán todos entendido que igualmente se les excluye de estos lugares que de los otros sitios de la ciudad."

Dado este decreto por Teodosio el Grande en el año de 381, fué inserto en el Código Teodosiano publicado por su nieto Teodosio el menor. De este Código fué un extracto el Breviario Alaricano mandado observar en España por su Rey Alarico II, cerca del año de 500. Así fué que la ley arriba citada estuvo en uso, tanto en el imperio de Oriente como en el Occidente.

En España tambien los primeros cristianos enterraban los cuerpos de los santos mártires á campo raso fuera de las poblaciones: Santa Eulalia de Barcelona fué enterrada cerca del mar en el lugar que se llamaba despues campo de Santa Eulalia: San Severo, Obispo de la misma ciudad, y San Cucufate, fueron sepultados en un punto llamado Castro Octaviano, que está en el Valléz: los 18 mártires de Zaragoza fueron enterrados en el campo, y despues en el mismo lugar se depositaron el cuerpo de Santa Engracia y las masas de los innumerables mártires Cesaraugustanos, Santa Leocadia fué enterrada en la vega de To-

ledo junto al Tajo: Santa Eulalia Emeritana tuvo su sepulcro en el campo junto á la ciudad de Mérida: los mártires Calagurritanos Emeterio y Celedonio se enterraron cerca de Calahorra á la orilla del Arroyo del Arenal; y de esta manera otras muchas ciudades se honran con tener en sus inmediaciones los sepuleros de muchos santos mártires. Despues que Constantino dió la paz á la Iglesia, comenzaron los fieles á edificar Iglesias encima de estos venerables sepuleros, las cuales se llamaron Basílicas de los mártires, porque este género de Iglesias eran en lo general protegidas por los reyes ó dedicadas á ellos. Iguales templos habia en las demas partes de la cristiandad.

La ley de Teodosio habia contenido por entónces los abusos, de manera que nadie se atrevia á enterrar cadáveres dentro de las poblaciones; pero entónces dieron los fieles, unos por devocion, y otros por vanidad, en sepultar sus muertos en las Basílicas de los mártires, desatino que trató de corregir el primer concilio de Braga celebrado el año de 563, el cual en su Cánón XVIII, dice: "*Queremos tambien que de ninguna manera se entierren dentro de las Basílicas los cuerpos de los difuntos, sino que en caso de ser necesario, se haga por fuera al rededor de los muros, lo cual no es tan horroroso. Porque si hasta ahora se ha conservado á las ciudades invio-*